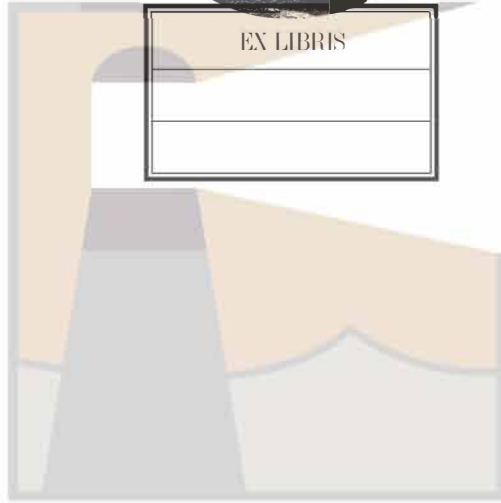




EX LIBRIS



MAREA  
EDITORIAL



MAREA  
EDITORIAL

Elsa Drucaroff

# EL PASADIZO SECRETO

*Escenas de una autobiografía feminista*

MAREA  
EDITORIAL





Drucaroff, Elsa

El pasadizo secreto / Elsa Drucaroff. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2024.

344 p. ; 23 x 15 cm. - (Narrativa / Constanza Brunet)

ISBN 978-987-823-038-2

1. Autobiografías. I. Título.

CDD 808.8035

Dirección editorial: Constanza Brunet  
Coordinación editorial: Víctor Sabanes  
Asistencia editorial: Carmela Pavese  
Comunicación: Verónica Abdala  
Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez  
Corrección: Marisa Corgatelli  
Fotografía de tapa: Alicia de la Nava

© 2024 Elsa Drucaroff

© 2024 Editorial Marea SRL  
Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina  
Tel.: (5411) 4371-1511  
marea@editorialmarea.com.ar  
www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-823-038-2

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.  
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.  
Impreso en Argentina – *Printed in Argentina.*



*Transitando los lugares ciertos.*

CHARLY GARCÍA

MAREA  
EDITORIAL



MAREA  
EDITORIAL

## ADVERTENCIA

---

La escritura y el pensamiento de este libro intentan desnaturalizar y fisurar la comprensión del género gramatical masculino como un universal “el hombre”, como la “normalidad” bajo cuya ala se incluyen “los otros” géneros (que serían apenas variantes, desviaciones del hombre esencial). No creo que debemos respetar la regla gramatical que otorga al masculino el poder de referirse a toda la humanidad, no es una regla políticamente inocente. No quiero borrar la legitimidad de las diferencias entre todos nosotros. Y si bien en algunos casos mi escritura decide caer en esa convención del masculino plural para designar a un conjunto de personas donde coexisten mujeres, hombres y otros géneros, el contexto inmediato deja en claro que es una concesión ocasional al ritmo o al estilo, porque siempre recuerda de algún modo que ese masculino plural que utilicé está mutilando y aplastando la diferencia inherente a nuestra especie humana.

A veces, *El pasadizo secreto* también utiliza el nuevo morfema rebelde: el inclusivo -e/-es, que hiere saludablemente nuestros oídos gramaticales con la misma potencia con que el movimiento de mujeres intenta herir el sentido común patriarcal. Suena feo. Siempre es feo descubrir que vivimos en una opresión naturalizada desde hace milenios. La verdad ofende. Pero no tiene remedio.

La artificialidad militante del morfema -es exige reflexión, no obediencia a una moda política o académica. Por eso sigo hablando en femenino para hablar de que soy una mujer, no quiero que me nieguen bajo el -es. Uso -e/-es solo cuando están incluidos distintos géneros y, en ese caso, únicamente si lo considero indispensable para lo que quiero transmitir. Cada frase, cada concepto pide sus propios recursos. La coherencia abstracta refuta el pensamiento y la literatura.



MAREA  
EDITORIAL



---

# PARTE 1

## Siempre hay trenes

---

### CAPÍTULO 1

**2019-1983-1976**

Luisa Muraro me está aguardando sentada en un rincón de la *Libreria delle Donne*, con su larga túnica y sus zuecos, el pelo corto completamente blanco y unos increíbles ojos azules que las arrugas no logran apagar. Hay una silla vacía a su lado. Estoy llegando quince minutos tarde porque me tomé el tranvía en la otra dirección. Pido disculpas, afligida, me parece que no está enojada. La miro y no puedo creer que esté frente a ella, sus ojos están clavados en mí, me estudia; yo no, yo no tengo serenidad para estudiarla, estoy arribando a un lugar muy deseado. Le digo hola, me extiende la mano, hago el gesto de besarla.

–No. No –me rechaza, alarmada–. Yo no beso.

*Io non baccio.* Retrocedo. Es evidente que se siente culpable.

–No es por vos, no te sientas mal. Es que estoy hecha así, soy una persona que no da besos –define.

Detecto una pizca de autoironía, como si con el humor volviera algo bondadosa su rudeza. Sonrío. Ella dice entonces:

–Pero vos esperaste mucho tiempo este saludo, así que un beso por lo menos nos vamos a dar.

Se incorpora con solemnidad, me abraza, frunce velozmente sus labios sobre mi mejilla y se aparta avergonzada.

Me invita a sentarme. Corro la silla, la pongo frente a ella y saco de mi mochila los libros que le traje: algunos se los llevo a pedido de colegas, otros son mi regalo; después le doy *Checkpoint*, mi libro de cuentos. Es la segunda vez que lo tengo en mi mano; en la valija me queda uno destinado a mis tíos, cuando los vea en Londres.

Luisa Muraro ha agradecido cada libro y lo ha hojeado, ha hecho algún comentario amable. Pero cuando recibe el mío va directo a la solapa y se pone a traducir mi biografía. Tiene un italiano vibrante, musical, cuando lee español la resonancia no cambia, se detiene en cada consonante. Es divertido cómo dice mi currículum: repite cada cosa en voz muy alta, tal vez irónica, y siempre agrega algo.

–“Profesora de Castellano, Literatura y Latín”. Yo también enseñé en la escuela.

–Lo sé, en la escuela primaria.

–Claro. Me gusta enseñar la lengua porque es un modo de enseñar filosofía –dice y sigue repitiendo la solapa–. “Dictó el primer seminario de Escritura Creativa en la carrera de Letras”. ¿Escritura Creativa? Yo enseñé “escritura pensante”, pensamiento no repetitivo, invención de la idea.

Le explico que, aunque toda escritura es creativa, en las carreras de Letras suele llamarse así la materia en la que se aprenden técnicas para escribir literatura de ficción.

–La escritura creativa inventa realidad –me dice.

–Es que eso es la literatura: crear mundos con palabras.

–Haciendo palanca sobre la escritura, la realidad se vuelve menos falsa –dice y me clava otra vez los ojos.

No besaré, pero hace minutos que la conozco y ya la quiero.

Viajo en un tren desde Milán a otra ciudad italiana, más al Sur. Hace treinta y seis años ella viajaba también, ida y vuelta, de Milán a Bologna, que queda más al Sur. Iba y venía ese tren, tanto antes como ahora (mañana estaré de regreso en Milán). Era febrero de 1983, ella había cumplido veinticinco y en su país empezaba el último año de la dictadura. Es octubre de 2019 y en mi país el gobierno de Macri se está terminando. Viajo sola, como viajó ella.

Se había recibido en el profesorado más prestigioso del país, en Buenos Aires: era una flamante profesora de Lengua y Literatura que amaba la docencia y la ejercía desde los últimos años de su carrera, pero la docencia la había despechado como el más traidor de los amantes. Entonces se recibió y se fue a hacer turismo a Europa, allá se descubrió viajera, no turista, y decidió no regresar nunca al lugar donde había enseñado, esa escuela argentina que la había recibido, la había hechizado como a Cenicienta y después de las doce de la noche, sin habérselo advertido antes, la había enfrentado de pronto

con una calabaza, un perro flaco y tres ratones. En eso se habían convertido sus compañeros de lucha. Ahí no tenía nada que hacer, decidió, y un instante apenas después subió su apuesta: no iba a volver a esa escuela, pero tampoco a su patria.

En Milán encontró un amor; en Bologna, un proyecto de estudio con Umberto Eco en la Universidad más antigua de Europa. No llegó a nada, ni con su amor ni con su estudio, pero lo que quiero contar es que ella había elegido ser inmigrante. Trabajó para mantenerse, primero en lo que podía (cuidó un bebé, limpió casas), después logró que una cooperativa de traducciones le encargara tareas y hasta ahorró un poquito. Miro ahora, y miraba ella, por la ventanilla, viajando ida y vuelta, el paisaje casi siempre llano, de casas aisladas que sin embargo insisten, se repiten a poca distancia. Poca tierra vacía. Recuerdo que ella recordó lo que había estudiado en la escuela secundaria acerca de la densidad de población en estos países de Europa, pequeños y desarrollados; lo recordó porque la pampa infinita y chata, el ombú lejano en el vacío, las vacas casi quietas integraban el paisaje desde el que pensaban y piensan mis ojos. Treinta y seis años atrás esa chica miraba la llanura verde por la que el tren se alejaba de Milán como si esa llanura poblada que sus amistades italianas llamaban campo fuera la confirmación profunda del abismo, de la distancia irreductible con su patria.

El cielo estaba cargado de promesas y riesgos. Hoy también. Pero en 1983 el tren flotaba en el aire, traqueteaba en el vacío. Ahora, esta que soy echó raíces del otro lado del Atlántico y nada flota, no hay vacío. Tampoco casi existen ya aquellos trenes sobrios, madera y vidrio, compartimentos separados por tabiques elegantes y asientos tapizados de un cuero marrón o verde oscuro, donde ella se reclinaba para tocar con su sien la ventanilla. Este es otro tren obscenamente luminoso, colorido y limpio, casi no sabe lo que es el traqueteo y tarda dos horas menos en cubrir el trayecto que ella hacía. ¿Avanzo más veloz, ahora que no soy joven? Viajo en un vagón sin divisiones ni pasillos, instalada en la butaca que me asignó la *web* en la vulgar fila de butacas globales. Viajo en el “no tren”, algo como aquel “no lugar” del que habló un francés un poco pretencioso, un tipo que le otorga a la globalización tanto poder que la cree capaz de exterminar la invencible capacidad humana de marcar con *su* historia los espacios. Mirada de viejo melancólico, la de Marc Augé, mirada de chabón al que

las academias le pagan demasiados aeropuertos y nunca fue todos los días a trabajar a uno, entonces cree que el laburante de aeropuerto no marca con su experiencia un lugar que, por más pulcro e impersonal que sea, lo recibe nueve horas por día y mantiene necesariamente sus recuerdos y mantiene necesariamente su vida cotidiana. ¿O acaso las estaciones de ferrocarril que construyeron los ingleses en mi patria no fueron también todas iguales? ¿O acaso esa belleza antigua no fue impersonal y uniforme, implantada? Y se marcaron igual, cada una a su manera. No existen “no lugares” en sí, salvo para quien los atraviesa como tales. No está en el lugar, está en la perspectiva ¡y las perspectivas son tantas! No hay nada en sí, Augé. Nada deja de estar horadado por la Historia, construido en un diálogo incesante.

El “no lugar” es una exageración teórica de señor que estudió para entender el mundo, pero el mundo cambia y cambia y él se abruma por la nueva uniformidad de un mercado mundial más extendido que nunca, ok, no obstante, yo podría compartir esa exageración ahora, en este tren ultrarrápido del siglo XXI, aunque sería atribuir a los demás *mi* falta de experiencias vitales en los espacios de la nueva tecnología ferroviaria. En mi patria la red ferroviaria hace mucho que fue desmantelada y predicar sobre trenes bala remite a corrupción, insensibilidad o simplemente esnobismo. Entonces, decretar a este tren un “no lugar”, en nombre de mi nostalgia por ese lugar que iba y venía entre Milán y Bologna, enmudecería las experiencias de las personas inmigrantes nuevas, que son tantas. Las nuevas, digo, porque ella fue una persona inmigrante del pasado. Inmigrante en Italia que fracasó porque la nostalgia y el dolor por Argentina se hicieron insoportables, persona inmigrante que fracasó como inmigrante, pero tal vez triunfó como persona por eso, porque finalmente volvió. Y no digo que esta sea una condición necesaria, digo que es lo que le pasó, digo que ella no era capaz de quedarse, la yo que fui no pudo hacerlo.

Al contrario, ese muchacho africano que veo acá cerquita, dos filas adelante. A diferencia de la que fui, tal vez no tenga otro remedio. Viaja pensativo, aprieta, mueve las manos una contra otra, es como si sus manos estuvieran razonando. Tiene los ojos clavados en el paisaje campero del país desarrollado, densamente poblado, un paisaje bastante parecido al que veía esa muchacha inmigrante de veinticinco años: ¿qué modelará a la inteligencia de sus ojos, ya que no es la pampa argentina? ¿Estará viendo con la lente de su ciudad

senegalesa o de su aldea nigeriana? ¿Cuántas veces habrá hecho este viaje de ida y vuelta? No lleva equipaje, salvo una mochila pequeña; no parece asombrado. Sé que para él este tren que yo vivo impersonal ya tiene historia. Debe reconocer esta *cascina* abandonada que ahora pasa rauda por la ventanilla izquierda y a él siempre le aparece a la derecha, en el minuto treinta y ocho de partida; el tren tendrá para él sus marcas peculiares como las tuvo para ella el tren que se sacudía en lugar de deslizarse y era sin embargo igualmente extranjero, iba por la misma llanura en la misma dirección.

Milán se queda atrás. Atrás a esa chica le quedaba cada vez el mismo hombre, cuando se iba. Ahora la que queda detrás es en cambio una mujer. El día anterior, Luisa Muraro, casi octogenaria, me preguntó si había leído novelas de aventuras (a mí, que leí novelas de aventuras desde los siete años y escribí novelas de aventuras, que nada amo más que la aventura).

*–En esos libros –me dijo Luisa–, en las películas también, tantas veces hay un pasadizo secreto; se abre por el movimiento casual pero intuitivo de una mano que busca y que no busca, que se toma su tiempo recorriendo, palpando la pared, porque, aunque el momento sea límite no hay razón que le indique cómo mover los dedos y tampoco puede darse el lujo de ser brusca. Pero algo toca y el pasaje aparece.*

Me miraba con sus ojos celestes nublados por las cataratas y sin embargo transparentes. Una profecía, un permiso, un consejo.

Yo le había confesado que no tenía la menor idea de qué libro iba a escribir a partir de nuestro encuentro. Primero había pensado en hacer uno de conversaciones con ella sobre su obra. Y después una crónica del viaje en la que las conversaciones fueran solo una parte. Y después pensé que tenía que escribir otra cosa, algo que no sabía, no sé aún. Algo que fuera hablar con ella y de su obra, pero también un más acá, algo que fuera hablar de mí, pero también un más allá. Porque este viaje ahora (le expliqué a Luisa, ayer a la tarde) no me conmocionaba solamente porque significaba conocer a la autora de uno de los pensamientos que más me habían sacudido, mi maestra, la autora de las ideas que pusieron los pilares de mis propias ideas, uno de los nombres más importantes de la tan importante como negada, tan rica como ignorada teoría feminista del final del siglo xx. No. Este viaje era también regresar a Milán después de treinta y seis años.

Esa inmigrante veinteañera vivió en esta ciudad; se apoderó con esfuerzo de un italiano casi perfecto que asombraba a la gente pero no a ella, porque era una lengua nueva pero no la estaba aprendiendo con lectura y estudio sino poniendo el cuerpo, la aprendió con el estómago y la boca y el clítoris y las risas y los llantos y el riesgo y la locura, la aprendió fregando pisos, cuidando a un bebé, escuchando que la señora de la casa donde limpiaba se refería a ella ante terceros llamándola *la ragazza* y que la mamá del bebé que cuidaba le reprochaba con justicia ser una argentinita mimada, burguesa, melancólica y desubicada, incapaz de levantarse temprano. La aprendió inventando métodos para viajar en tranvía un mes con el mismo *ticket* sin tildar, ahorrando así las liras para poder ir al cine o para comprarse comics o para sostener un proyecto que al final no sucedió. Fue así, chapoteando en un intento fallido pero central para cada uno de los intentos no fallidos que emprendería luego, como habitó esa chica el italiano: con fascinación, desesperada de amor y de nostalgia, con la certeza absurda (cuyo por qué todavía le es complejo explicarse) de que el lugar que había dejado se había vuelto imposible, completamente perdido, que jamás iba a poder volver porque si lo hacía la atraparían sus garras.

Entre un hombre de Milán que se empeñaba en ser amor imposible y el fantasma de un lugar imposible, así flotó ella entre Milán y Bologna. Había elegido Bologna porque allí quería estudiar y porque así se separaba de ese hombre, como una adicta que trata de curarse. Entonces iba y venía, como cualquier adicta que trata y no puede, mientras temblaba la tierra bajo el tren y ella pensaba en los treinta mil muertos de su patria que eran sus muertos y pensaba que los que había allí abajo de sus pies, de las vías, no eran suyos y por eso jamás sería esa su tierra.

Todo esto recordé ayer mientras le contaba a Luisa bastante menos, sin anécdotas ni aclaraciones, apenas títulos. Ella no me hizo una sola pregunta, sin embargo, me miró de un modo que reconoceré después, cuando me mire así en otros momentos importantes; era un modo en que hasta ayer todavía no me había mirado. Sus ojos me entraban, comprometidos; supe que no necesitaba especificar, relatarle, para que ella leyera en mí como en un libro.

*—Hace poco escribí un artículo para una revista de Estados Unidos —me dijo Luisa—. El título está en inglés: The Inner Passage.*

Y ahí habló de los libros de aventuras. El pasadizo.

# ÍNDICE

---

<b>ADVERTENCIA</b> .....	7
<b>PARTE 1</b>	
Siempre hay trenes.....	9
<b>CAPÍTULO 1</b> 2019-1983-1976.....	9
<b>CAPÍTULO 2</b> Cómo me hice feminista.....	23
<b>CAPÍTULO 3</b> Las maestras, la amiga, la madre .....	36
<b>CAPÍTULO 4</b> Londres, 2019 .....	53
<b>PARTE 2</b>	
El feminismo es un viaje de ida .....	69
<b>CAPÍTULO 5</b> La opresión de una mujer está adentro de ella.....	69
<b>CAPÍTULO 6</b> Conseguir derechos no es construir libertad.....	79
<b>CAPÍTULO 7</b> Metáfora, metonimia y opresión de las mujeres ....	85
<b>PARTE 3</b>	
Amar es hacer acrobacia.....	103
<b>CAPÍTULO 8</b> El sexo es una ronda entre la carne y las palabras .....	103
<b>CAPÍTULO 9</b> 1984: Muchas hormonas entre Bologna y Milán .....	114
<b>CAPÍTULO 10</b> 2019: Dos amores en Florencia.....	124
<b>CAPÍTULO 11</b> Poder y autoridad según Luisa Muraro .....	130
<b>CAPÍTULO 12</b> Las mujeres, el amor y la libertad .....	136



## **PARTE 4**

El aleteo de la paloma ..... 143

**CAPÍTULO 13** La espíritu santa ..... 143

**CAPÍTULO 14** Mujeres en relación dual ..... 148

**CAPÍTULO 15** El grupo oprime ..... 156

**CAPÍTULO 16** Mujeres que autorizan a mujeres..... 168

**CAPÍTULO 17** El hogar-comité del Partido Comunista..... 176

**CAPÍTULO 18** La política feminista de una comunidad  
de dispareos ..... 180

**CAPÍTULO 19** Hacer diotima con minúsculas ..... 187

**CAPÍTULO 20** Hacer diotima es pensar sin red ..... 193

## **PARTE 5**

Ser puta, Patti Smith, lo inaudito..... 199

**CAPÍTULO 21** ¿El patriarcado ha muerto? ..... 199

**CAPÍTULO 22** El debate sobre la prostitución..... 205

**CAPÍTULO 23** La semana en que consideré ser prostituta ..... 214

**CAPÍTULO 24** La autoridad femenina es el arma  
contra la misoginia ..... 225

**CAPÍTULO 25** Política de lo inaudito ..... 238

## **PARTE 6**

El año del destierro..... 241

**CAPÍTULO 26** Lo peor que le puede pasar a una mujer  
es que se hable de ella ..... 241

**CAPÍTULO 27** 1980-2019: La subversión ideológica ..... 244

**CAPÍTULO 28** La navaja ..... 248

**CAPÍTULO 29** Libertad es elegir el precio que se paga ..... 255

**CAPÍTULO 30** Defensa del parricidio ..... 258

**CAPÍTULO 31** Sobre la ley ..... 264

**CAPÍTULO 32** Gentiles como en la autorreforma gentil  
de las feministas italianas ..... 278

**CAPÍTULO 33** La grieta en Inmaculada ..... 283

**CAPÍTULO 34** La Inquisición..... 287


**CAPÍTULO 35** La guerra de Malvinas..... 291



<b>CAPÍTULO 36</b> Simpatía por el demonio .....	298
<b>CAPÍTULO 37</b> La (auto)exigencia de pertenecer .....	304
<b>CAPÍTULO 38</b> Una judía de mamá cristiana.....	309
<b>CAPÍTULO 39</b> La carta desde Italia .....	316
<b>CAPÍTULO 40</b> La caída.....	320
<b>EPÍLOGO</b> El pasadizo secreto .....	328
<b>AGRADECIMIENTOS</b> .....	337
<b>LISTA DE LIBROS MENCIONADOS</b> .....	339



MAREA  
EDITORIAL



Esta edición de  
*El pasadizo secreto*  
se terminó de imprimir  
en Altuna Impresores S.R.L.,  
Doblas 1968,  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires,  
en el mes de mayo de 2024.

MAREA  
EDITORIAL